

N.º 4

ISSN 2422-3662 (impresa)
ISSN 2665-2811 (en línea)



Revista Enfoques

Una apertura al diálogo





Universidad
del Valle

Universidad del Valle

Rector

Edgar Varela

Decano de la Facultad de Humanidades

Dario Henao

Jefe del Departamento de Filosofía

William González



Revista
Enfoques

Una apertura al diálogo

Revista Enfoques. Una apertura al diálogo

ISSN 2422-3662 / N.º 4 / 2021

Comité Editorial

Steban Guevara, Andrés Tenorio, Juan Arce, Juan Delgado, Ledys Muñoz

Estudiantes del Departamento de Filosofía

Comité Asesor

Omar Díaz, William González

Profesores del Departamento de Filosofía

Comité de Apoyo

Estefanía Muñoz, Daniel Osorio, Miguel Cáceres

Estudiantes del Departamento de Filosofía

Diseño y diagramación

Hugo H. Ordóñez Nieves

Ilustraciones

Valentina Salazar

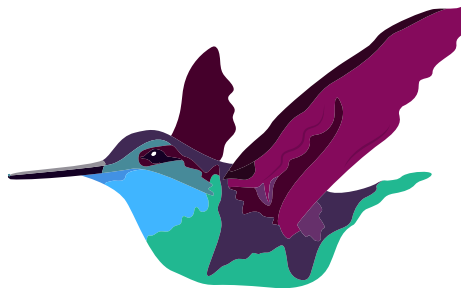
Impresión

Unidad de Artes Gráficas,

Facultad de Humanidades

Los miembros del Comité Editorial de la revista Enfoques agradecen por su apoyo a los profesores del Departamento de Filosofía, en especial a:

William González
Jefe del Departamento de Filosofía
Universidad del Valle



PRÓLOGO AL LECTOR

Las diferentes situaciones que se han presentado en el país y en el mundo no han sido un impedimento para que en nuestro equipo de trabajo, como muchas personas, continuemos con nuestras labores. Primero, el movimiento popular se extendió por Colombia y Latinoamérica por medio de cacerolazos, marchas y otras expresiones de inconformidad a las que por supuesto, la Universidad del Valle no fue ajena. Luego, una inesperada muestra de la fragilidad humana, un enemigo invisible se presenta para hacernos refugiar en nuestros hogares alejándonos en muchas ocasiones de personas cercanas y dejando como único medio la virtualidad. Ante esta situación cabe preguntarse si, como afirman algunos, esa virtualidad es una nueva forma de acercarnos o, si por el contrario, la cercanía y el afecto se alimentan precisamente del contacto, de la presencia física de las personas en nuestro entorno.

No es un secreto que la aparición de las telecomunicaciones en el siglo XX, muy a pesar de sus usos iniciales en la guerra, ha sido una gran revolución para la humanidad; y que también, en nuestro tiempo, representa un acceso a una infinidad de información. Aún así, nunca habíamos dependido tanto de las telecomunicaciones, por lo que claramente vivimos en este tiempo una nueva experiencia como humanidad y que deseamos sea provechosa para reflexionar sobre cómo hemos construido nuestras sociedades basadas en la explotación de la vida en la tierra; pues estas barreras invisibles nos muestran que hacemos parte de esa vida y lo endeble que es ella.

Esperamos pues que este nuevo número Cara y cruz contribuya a la difusión del pensamiento en cada una de sus expresiones, por lo que presentamos diversos temas de reflexión, que van desde el planteamiento del escéptico como un benefactor social, pasando por una crítica del concepto de progreso científico en Thomas Kuhn, hasta un análisis del concepto de amor

humeano en la película *Her*; además, un imperdible artículo sobre la literatura femenina en Colombia, y, la infaltable sección Expresiones con el deleite de varios poemas y cuentos. Finalmente una inquietante aproximación a la pregunta por el *ser* desde Heidegger, en la sesión de *Sembrando ideas*.

Dejamos en sus manos este trabajo de varios escritores y escritoras, acompañado por nuestro Comité editorial, y esperamos que sea para ustedes del mismo o más agrado de lo que fue para nosotros realizarlo. También esperamos, como siempre, su participación activa en este espacio, que es nuestro y de ustedes, y que representa un campo libre de expresión del pensamiento en toda su diversidad.



Contenido

Artículos

Académicos 9

EL FILÓSOFO ESCÉPTICO COMO BENEFACTOR
SOCIAL (ZETESIS)

Santiago Cobo Martínez 11

Artículos

de opinión 33

LETRAS FEMENINAS: SOBRE LITERATURA ESCRITA
POR MUJERES. HELENA ARAÚJO

Jhon González 35

Expresiones 43

ENCUENTRO

Juan Avila 45

EL REGRESO DE LA MARQUESA AL PEÑASCO
DE ESMERALDA

Isabel Tamayo 51



Artículos
Académicos



Review
End



EL FILÓSOFO ESCÉPTICO
COMO BENEFACTOR SOCIAL
(ZETESIS)

Santiago Cobo Martínez
Universidad del Valle



Santiago Cobo Martínez

Departamento de Filosofía
Universidad del Valle
santiago.cobo@correounivalle.edu.co

EL FILÓSOFO ESCÉPTICO COMO BENEFACTOR SOCIAL (ZETESIS)

Santiago Cobo Martínez
Universidad del Valle

Resumen

El escepticismo antiguo es una corriente filosófica tan controversial como interesante. En este artículo se analiza su particular método investigativo como forma de vida y las objeciones que le han hecho los dogmáticos a lo largo de la historia. Algunas de ellas son: ¿cómo es posible una investigación que no lleva a nada (suspensión del juicio) si las investigaciones tienen como fin hallar algo? ¿Cómo es posible que un escéptico diga que “sigue investigando” aun cuando no investiga aparentemente nada? ¿No es esta una investigación contradictoria?

Palabras clave: escepticismo antiguo, zetesis, epojé, Sexto Empírico, Agripa.

Abstract

Ancient skepticism is a philosophical current as controversial as it is interesting. This article analyzes its particular investigative method as a way of life and the objections that have been made to it by dogmatists throughout history. Some of them are: how is it possible an investigation that leads to nothing (suspension of the trial) if the investigations are aimed at finding something? How is it possible for a skeptic to say that he “continues



investigating” even when he does not apparently investigate anything? Isn't this a contradictory investigation?

Keywords: ancient skepticism, zetesis, epojé, Sextus Empiricus, Agripa.

En el presente escrito tengo como objetivo hacer una reconstrucción de los problemas formulados en el Artículo *Zetesis* de Ezequiel de Olaso. Dicho artículo gira alrededor del entendimiento del concepto de “zetesis” dentro del escepticismo antiguo. Como bien lo expresa Olaso en su *abstract*, no tenemos un análisis y entendimiento satisfactorio sobre el concepto de zetesis utilizado por el escepticismo helenista (especialmente por Sexto Empírico) lo cual es sumamente problemático puesto que, la zetesis, dentro del escepticismo antiguo, fue una de las actividades más importantes, por no decir la más importante del escepticismo pirrónico (Olaso, 1986). Uno de los problemas fundamentales, dentro del escepticismo antiguo, fue que se entendió, y se debe entender la zetesis como una investigación abierta aún cuando aparentemente el escepticismo no llega a nada lo cual es, al parecer, contradictorio (dado que, como expresa Sexto, el escepticismo sigue investigando). Ahora bien, el artículo plantea el siguiente interrogante: ¿cómo una investigación que lleva a la suspensión del juicio puede ser una investigación abierta?

Debo empezar mencionando que la zetesis, tal cual como lo expresa Sexto en *Hipótiposis Pirrónicas* es una actitud “investigativa” o “investigadora” debido a su actividad de indagación y búsqueda. Sin embargo, la zetesis escéptica es una investigación particular puesto que es, a su vez, *eféctica* (suspensiva) y *aporética* (lleva a razonamientos irresolubles). En términos generales, podemos decir que, la zetesis escéptica es una investigación solamente de carácter *refutatorio*. Cabe aclarar que a lo largo del artículo Olaso distingue dos clases de zetesis: la investigación dogmática (propia de las escuelas filosóficas tradicionales) y la investigación escéptica. La primera indaga sobre lo desconocido, es decir sobre lo oculto. La segunda busca discutir o anular las pretensiones de descubrimiento de lo oculto que plantean los dogmáticos (no demostrando su falsedad para no

caer en el dogmatismo, sino demostrando su indecibilidad para mantener la actitud escéptica). Se puede argumentar que en el caso de las investigaciones dogmáticas se indaga sobre algo “x” para mantener, adquirir o cambiar las creencias que tenemos al respecto de lo que se investiga. De esta manera, se adquieren creencias un poco más adecuadas que las anteriores. Sin embargo, la investigación escéptica es un poco más confusa. Recordemos el compromiso del escéptico con sus creencias (y con la filosofía): con el deseo de alcanzar la verdad¹ pero ante la diversidad e igualdad de opiniones o creencias en disputa sobre algo en específico y la discordia de las cosas, el escéptico sin un criterio de discernimiento sobre éstas (las cosas), para no caer en el dogmatismo, suspende el juicio.

Por ejemplo: supongamos que se encuentran un escéptico, un epicúreo y un estoico. El epicúreo y el estoico se encuentran argumentando sobre la existencia del alma. El primero argumenta —siguiendo la tradición de Leucipo y Demócrito— que el alma está compuesta por átomos. Por su parte, el filósofo de la Stoa, cree que el alma está compuesta por dos elementos activos (aire y fuego) los cuales generan un hálito que da soplo de vida a los seres de la naturaleza. El escéptico, que encuentra dos tesis diferentes y válidas (aparentemente), al no poder discernir cuál de las dos es la verdadera o la falsa, suspende el juicio y no se compromete con ninguna de las dos. Como expresa Barnes en *Tools of Skepticisms*:

We take ‘I suspend judgement’ in the sense of ‘I cannot say which of the offered views I should believe or disbelieve’, thus showing that the matters seem equal to us with regard to warranty and lack of warranty (PH I r95). In other words, I suspend judgement on, say, the immortality of the soul if, having considered the matter, I neither reject nor accept the soul’s

¹ Me parece pertinente mencionar que, aunque el escéptico está comprometido con la verdad, el escéptico (maduro) reconoce que no la puede alcanzar. Como expresa Sexto: prometer la verdad es un canto de sirenas (*Adversus Mathematicus* I-41) o que podemos alcanzar la verdad, pero nunca lo sabremos por falta de criterios (*Adversus Mathematicus* VII, 51-52).

immortality, if I neither believe nor disbelieve that the soul is immortal. [The suspend judgement is based on the disagreement]. Thus we might think to define disagreement in roughly the following manner:

(DI) x and y disagree over some issue ?Q whenever either x offers P1 in answer to ?Q and y offers Pi in answer to ?Q and P 1 and Pi are incompatible, or else x offers P in answer to ?Q and y rejects P as an answer to ?Q (or vice versa). (Barnes, 1990, pp. 14-17).

[Barnes desea ser riguroso al respecto y formaliza lo más que puede la suspensión del juicio vía el desacuerdo de opiniones:]

- (1) On every issue ?Q there has been (or might be) disagreement
- (2) If a disagreement is to be decided, then we need a yardstick to decide it
- (3) If we are to use yardstick Y for issue ?Q, we must be justified in holding that Y is appropriate for ?Q
- (4) On any question of the form ‘Is Y appropriate for ?Q?’ there is undecided disagreement

Hence, from (4) by the Principle of Disagreement:

(5) For no Y and no ?Q are we justified in holding that Y is appropriate to ?Q

Hence, by (3) and (5):

(6) For no Y and no ?Q may we use Y for ?Q

Hence, by (1) and (2) and (6):

(7) No issue is decided

Hence, by the Principle of Disagreement again:

(8) On every issue ?Q, we should suspend judgement (cfr. Barnes, 1990, p. 28).

Esta actitud suspensiva lleva a la vida del escéptico, como por azar, a la imperturbabilidad del alma. Por lo tanto, ¿qué puede investigar un escéptico que tiene una actitud suspensiva frente al conocimiento (creencias)? ¿Qué cree un escéptico? ¿Son contradictorias las creencias del escéptico con la investigación escéptica? A continuación, veremos qué *investiga* el escéptico para ver, posteriormente, en qué *cree* el escéptico.

Como expresa Olaso, en la actitud escéptica encontramos:

- i.) conflicto de razones y de apariencias/ausencia de juez de la verdad/equivalencia de razones. Sin embargo, como expresa Sexto en *Esbozos*:

Y si por casualidad el escéptico no ha podido encontrar un argumento para llegar a equivalencia de opiniones o razones encontradas, el escéptico argumentará: “Del mismo modo que antes de nacer el que introdujo el sistema filosófico que tú sigues, la tesis de ese sistema a pesar de ser válida no era conocida, aunque realmente existía: así también es posible que lo opuesto a la tesis ahora propuesta por ti exista realmente y aun no nos sea conocida. De modo que todavía no debemos dar nuestro asentimiento a esa tesis que de momento parece segura”. (Sexto Empírico, *EP I-XIII*).

- ii.) Suspensión del juicio: la suspensión del juicio se da, al menos en el escéptico antiguo, al aplicar los 10 tropos (mencionados en *Esbozos*) a las creencias y opiniones de los demás (Para ver los tropos cfr. *Esbozos Pirrónicos I-XIV*).

- iii.) Tranquilidad del alma

Estás tres actitudes, al parecer, son incompatibles y contradictorias con la investigación (zetesis) escéptica porque:



- i.) Si lo que el escéptico busca es la equivalencia de opiniones en la disputa, la actitud investigativa va en contra de este proyecto. Esto sucede porque cuando se investiga, se pretende encontrar la verdad de lo que se investiga. De esta manera, la investigación de la verdad y la equivalencia de opiniones se excluyen mutuamente. O me quedo con dos opiniones encontradas y equipolentes o me quedo con una de las dos opiniones como consecuencia de la actitud investigativa. Sin embargo, los escépticos mantienen la equivalencia de las opiniones y el propósito investigativo. ¿Esto es contradictorio?, como se mencionará más adelante, no es contradictorio en tanto que la actitud investigativa escéptica no tiene como fin el alcanzar la verdad (y no llega a ninguna verdad) porque su fin es la refutación al dogmatismo (práctica refutatoria).
- ii.) La investigación parece contradictoria con la suspensión del juicio. Se le ha adjudicado a Sexto que para que alguien (en este caso el escéptico) pueda investigar, debe aprehender y entender las proposiciones de los dogmáticos (las cuales investiga). Por lo tanto, el escéptico si quiere mantener el rumbo de su investigación debe asentir a ellas (las proposiciones) y cancelar la suspensión del juicio. Asimismo, los dogmáticos afirmaban que los escépticos no podían contradecirlos y que era imposible que lo hicieran. Para este juicio, los dogmáticos formulaban el siguiente dilema: o bien los escépticos aprehenden (conocen) las afirmaciones de los dogmáticos, en cuyo caso no pueden dudar de haberlas conocido; o bien no las conocen, en cuyo caso no pueden hablar de lo que no han conocido. Por lo tanto, la investigación escéptica es imposible. ¿Es esta refutación cierta? ¿Puede el escéptico sostener la investigación y la suspensión del juicio? Siguiendo a Olaso, los dogmáticos hacen una reconstrucción de la paradoja socrática expuesta en el diálogo *Menón*. Como expresa Olaso: El pasaje del *Menón* sugiere que nadie puede emprender una zetesis. En efecto, nadie puede buscar lo que sabe, porque ya lo tiene, ni lo que no sabe, porque no sabe qué es lo que se ha de

buscar. A esto se le conoce como la “paradoja de la investigación” (1986, p.16).

Sexto responde a los dogmáticos —para salir de la paradoja planteada— que es muy distinto *i.*) aprehender *sin afirmar* la existencia de lo aprehendido que *ii.*) aprehender *afirmando* la existencia de lo aprehendido. Si solamente se puede aprehender afirmando la existencia de lo aprehendido, toda refutación de una tesis sería imposible después de enunciarla porque “enunciarla sería afirmarla” (Olaso, 1986, p. 16). De esta manera, Sexto argumenta que la investigación escéptica es posible en tanto que se aprehenda sin afirmar la existencia de lo aprehendido. Asimismo, Sexto asume que toda investigación parte del conocimiento del objeto (para Sexto toda investigación más que partir del objeto, parte de un preconcepto) y dado que asume que los escépticos no conocen, la investigación es imposible, aunque siguen investigando. Sexto no sólo evade la “paradoja de la investigación” sino que devuelve el argumento contra ellos multiplicando su recurso argumentativo. Como lo evidencia De Olaso (1986):

Argumenta que cuando los estoicos critican los epicúreos, asumen las opiniones de estos. Si fuera cierta la doctrina de que enunciar es aceptar, entonces en esos casos el estoico destruiría completamente el pórtico (PH II, 6). También presenta ejemplos de los propios estoicos en los cuales decir algo verdadero no entraña conocer —es el caso, cuando aciertan de los idiotas, los locos y los niños; también aduce instancias en que decir algo falso no implica asentir a lo que se afirma. (p.16).

Aparte de esto, Sexto profundiza más en la crítica al dogmático y nos devela el funcionamiento del método de investigación sobre las cosas ocultas o no evidentes que usa la zetesis dogmática. Sexto explica que el dogmático puede investigar sin haber aprehendido de lo oculto (lo cual no es digno de crédito porque no es una investigación verdadera, es decir, es una investigación sin aprehensión) o bien, después de haberlo aprehendido (porque lo oculto se le presentó a los sentidos en un caso



inmediato) y por lo tanto, como lo oculto ha sido aprehendido no debería haber discrepancia entre las diferentes escuelas o filósofos (pero evidentemente las hay) o bien porque lo oculto ya es producto de otra zetesis. Aquí Sexto vuelve a aplicar la paradoja del diálogo el *Menón*: o bien para investigar lo oculto debe aprehenderlo o bien para aprehenderlo debe investigar lo oculto (Véase el gráfico 1). De esta manera, Sexto demuestra que lo oculto es oculto precisamente porque no se puede conocer. Por lo tanto, Sexto concluye que una investigación de lo oculto (como la dogmática) siempre ha de terminar en el fracaso.

De Olaso en este punto del artículo considera que la posición de Sexto es paradigmática:

Por un lado, Sexto considera que quien comienza por conocer antes de investigar, procede “dogmáticamente” (se arroja a lo oculto); por otro lado, Sexto comparte la doctrina de que para investigar hay que conocer (preconceptos). (...) Yo creo que Sexto participa de la doctrina general según la cual para investigar hay que conocer porque quiere sacar la *consecuencia de que investigar [para el dogmático] es imposible*. (Olaso, 1986, p. 17).

Los escépticos comparten con los dogmáticos al menos la creencia de que sin conceptos previos a la investigación, ésta no se puede realizar, siendo imposible. La diferencia entre ambos es que, el escéptico no emprende ninguna investigación de tipo dogmático porque tiene demasiados preconceptos y como él no posee un criterio para escoger uno sobre otro, decide suspender el juicio². De inmediato Sexto aclara que todos los preconceptos que tienen son, en sí mismos plausibles y eso impone no creer

² De Olaso hace la salvedad de que los escépticos dudan de algunos preconceptos, no de todos los preconceptos. Por ejemplo, el escéptico sostiene concepciones prácticas que guían su vida y sostienen su conducta en conflictos éticos. Considero que esto puede ser importante en la discusión del problema de la *apraxia* en el escepticismo.

en todos ellos dado que están en conflicto. Asimismo, no pueden creer en un preconcepto y no en otro debido a su equivalencia y por lo tanto deben suspender el juicio. Así, el filósofo escéptico solo llega a tener *preconcepciones para la investigación*, pero nunca *aprehensión*. Entonces, ¿cuál es el objetivo de la zetesis escéptica?

Se puede decir *grosso modo* que la zetesis escéptica, a diferencia de la zetesis dogmática carece de intención constructiva puesto que su fin es neutralizar los dogmas. Es un empleo refutatorio con el fin de restituir la equipolencia en las opiniones. Es una zetesis voluntaria (producida por el entendimiento) que busca mantener la equivalencia en pro o en contra de lo oculto. Es una actividad teleológica porque tiene como fin la neutralización del poder persuasivo y perturbador que generan las diferentes creencias en disputa buscando la preservación espiritual. En este caso, la zetesis escéptica es una actividad social y filantrópica porque el escéptico es movido por su afán terapéutico de llevar tranquilidad al hombre lleno de tormentos ocasionados por las opiniones dogmáticas. El filósofo escéptico es, en últimas, un benefactor para la sociedad.

iii.) la zetesis parece contradictoria con la tranquilidad del alma. Quien ha enfatizado esto es Burnyeat dado que, él le ha adjudicado un estado de expectativa al escéptico frente a “es el caso que P o no es el caso que P” porque la investigación escéptica, tal y como la menciona Sexto, es y debe ser abierta. Esto es problemático para Burnyeat porque si hay expectativa dentro del escéptico, es porque *puede* haber desequilibrio de las opiniones en pugna (P o \neg P) y si eso sucede, entonces hay perturbación, “es decir, la *ataraxia* desaparece. Y si se opta por preservar la tranquilidad esto exige que el escéptico esté persuadido de que no podrán aparecer novedades. Entonces desaparece la zetesis” (Olaso, 1986, p 11). Sin embargo, el escéptico mantiene a la vez la zetesis y la *ataraxia*. ¿Es esto cierto y contradictorio?

Como hemos visto en *i.* y *ii.* el escéptico lleva su zetesis a una posición de equivalencia frente a las opiniones asumiendo nociones, pero sin conceder que poseen existencia real, sin creer en ellas. Una vez que ha puesto



en contraste las dos opiniones que, si asumen la existencia real de las cosas, el escéptico procede a suspender el juicio (cfr. *Hipótiposis Pirrónicas* I, 30 y 196). Una consecuencia lógica de i y ii es que el escéptico pueda realizar su zetesis sin perder su estado de *ataraxia* puesto que “el propósito de la zetesis es neutralizar el poder persuasivo de las opiniones en pugna, y puesto que la tranquilidad es el estado que sucede a la suspensión del asentimiento a las opiniones en pugna, es claro que *no hay incompatibilidad* entre zetesis y *ataraxia*” (Olaso, 1986, p. 23). Sin embargo, para Burnyeat, esto parece problemático. Veamos cuál es su argumentación al respecto:

Burnyeat constituye su crítica frente a dos supuestos: el primero (i) es que, dado que la zetesis del escéptico no tiene fin, es posible que el escéptico esté persuadido de que hay respuestas y segundo (ii) que el escéptico no es un dogmático negativo munido de objeciones *a priori* que suprimen la posibilidad de respuestas como si se tratara de un principio general de una vez para siempre. Estas dos objeciones son, a mi parecer, válidas en tanto que ponen en cuestión la rigurosidad de la extraña *zetesis* escéptica frente a su condición humana (tentación por las respuestas derivada de su investigación de carácter abierto o falta de objeciones para las tesis planteadas). Siguiendo a De Olaso, ambos puntos, ofrecen dificultades.

En el primer supuesto (es posible que haya respuestas) al parecer, Burnyeat cree que están íntimamente relacionados “el espíritu abierto” del escéptico o “la investigación abierta” con la disposición del escéptico a admitir que hay respuestas. Sin embargo, De Olaso comenta que está relación no debe hacerse: “en efecto, la premisa de que la zetesis no tiene fin no es suficiente por sí sola para que se infiera de ella que el escéptico puede estar dispuesto a admitir respuestas. (...) Además, el zetético no está dispuesto a admitir que hay respuestas si es que éstas ponen término a la zetesis” (1986, p. 24). Asimismo, Sexto sigue la doctrina que especifica que “dónde hay investigación hay preconcepción”. Esto quiere decir que, si alguien (en este caso el escéptico) investiga con “espíritu abierto”, entonces hay que decir que investiga sin preconcepciones y habría que decir como consecuencia que Sexto no práctica la *zetesis* con espíritu abierto lo

cual no es cierto ni verdadero porque él lo hace a partir de preconcepciones como lo ha mencionado anteriormente.

En el segundo supuesto de Burnyeat (el escéptico no es un dogmático negativo cargado de respuestas *a priori* que sirven para todos los casos) De Olaso muestra que hay dos sentidos de dogmatismo: el primero, que es el que Sexto rechaza para sí mismo, significa “asentir a una de las cosas ocultas que se investigan epistémicamente” (1986, p.24) y el segundo sentido de dogmatismo enfatiza que “se considera dogmático a quién está completamente seguro de que algo es (o no es el caso) como Sexto posee esa seguridad [de que algo nunca va a ser el caso] se le imputa de dogmatismo” (1986, p.24). Burnyeat completa la figura dogmática de Sexto cuando sobreentiende que Sexto *está seguro* de que no se puede investigar en (el primer) sentido dogmático. Sin embargo, para De Olaso la postura de Sexto es desagradable (no podemos saber nunca nada) pero no incoherente con la doctrina escéptica que está profesando dado que tiene un motivo en especial. Sexto, como expresa De Olaso (1986):

Ha montado un dispositivo contraargumental destinado a neutralizar cualquier eventual enunciado dogmático. Es lícito suponer que el escéptico no quiere estar incesantemente expuesto a ser persuadido por enunciados dogmáticos [por eso su método es *a priori*]. Pero su actitud no es arbitraria. Si un enunciado escapa de su red contraargumental escéptica entonces se trata de un enunciado no dogmático y por lo tanto, *resulta admisible*. La zetesis desempeña un importante papel criteriológico (p.24).

De Olaso muestra que las interpretaciones —como es el caso de Burnyeat— de la investigación escéptica como “una empresa abierta y libre (máximamente libre) de supuestos (y la correlativa noción de dogmático) están *determinadas* por otra concepción de zetesis que poco tiene que ver con la escéptica y germina en la Academia platónica. El ideal zetético de la Academia —comenta De Olaso— a diferencia de la zetesis del escéptico, *si* tiene un carácter constructivo. Investigar consistía en penetrar todo, presentar argumentos de toda índole y hasta abstenerse del

dogmatismo. La gran diferencia entre ambas zetesis es que la *zetesis* académica *no afirma que los argumentos opuestos deban hallarse en equilibrio*. Asimismo, el alumno de la Academia debía esforzarse intelectualmente en razonar por ver cuál era el argumento verdadero del falso. El objetivo de la zetesis académica era el hallazgo de la verdad o la mayor aproximación a ella pero no la suspensión completa del juicio. La posible confusión entre zetesis se debe a que Sexto no fue explícito en su obra en diferenciar la zetesis suya de la de los académicos. Sexto en esta parte es contradictorio o sostiene diferentes tesis: (i) en el comienzo de las *Hipótiposis* sostiene que los académicos no investigan porque consideran que la verdad es imposible de aprehender (pero deben acercarse a ella) y (ii) en otro pasaje critica a los académicos por el carácter no metódico de su zetesis.

Por otra parte, Sexto sí considera que la zetesis es propia del escepticismo en tanto que es una actividad exclusiva de ellos, la cual es metódica y refutatoria. Por lo tanto, para Sexto, la zetesis es imposible de abolir. De Olaso comenta que esta tesis Sexto la desarrolla en polémica con la tesis adversa de los epicúreos que dicen que todas las cosas y todas las presentaciones (y *posiblemente* las representaciones) son verdaderas. De esto se desprende —por consecuencia lógica— que nada es oculto y que todo es patente. De esta manera, si todo es patente, no hay que investigar ni dudar acerca de nada. Así, el conocimiento se vuelve un dogma al que se asiente necesariamente. Sin embargo, aquí Sexto enfatiza: “pero es absurdo abolir la investigación y la duda”. De ahí concluye que no todas las cosas y las representaciones son verdaderas, parece que Sexto lo piensa de la siguiente manera:

Premisa I: admitir una verdad que no sea producto de una zetesis es absurdo.

Premisa II: admitir que todo es verdadero implica abolir una zetesis.

C: no todo (cosas y representaciones) es verdadero.

Por último, la zetesis dogmática se ejerce sobre lo oculto —como hemos visto anteriormente— y la zetesis escéptica no procura develar lo oculto sino discutir y poner en equivalencia las pretensiones de los dogmáticos. Según De Olaso, malinterpretar la zetesis escéptica es producto de su redacción engañosa en *Hipotiposis*:

En efecto, creer que se ha alcanzado objeto de la investigación, pone término [fin] a la investigación; creer que no se puede alcanzar el objeto de la investigación, pone término a la investigación [y] *decir que se continúa investigando [como Sexto lo hace] sugiere que se supone que se puede alcanzar el objeto de la investigación. Y esta actitud satisface inmediatamente nuestra idea de la investigación abierta.* En suma, Sexto profesó una idea de la zetesis como empresa refutatoria pero sugirió fuertemente que se trataba de una investigación abierta (1986, p. 27).

Anexo I: Sobre la Zetesis mística y Zetesis epistémica

En este pequeño apartado De Olaso reconoce que la idea de una zetética inacabable —como la escéptica— ha aparecido en la historia de la filosofía. Además, como lo ha demostrado a lo largo del artículo, reconoce dos modelos de zetesis: un modelo místico y otro modelo epistémico. El primero lo identifica en el neoplatonismo de Plotino. Esta investigación consiste en buscar la verdad. En todo caso, esta zetesis ocurre cuando tienen la certeza de haber encontrado la verdad. La zetesis escéptica, comenta De Olaso, la encuentra históricamente reflejada en la actitud que mantiene Sócrates en la *Apología*. En ésta, se culpa a Sócrates de *investigar* impertinentemente lo celestial y lo subterráneo. Sócrates intenta mantener su derecho otorgado por la pitonisa de investigar lo que le corresponde por derecho divino. Por lo tanto, su actitud investigativa es constante y Sócrates reconoce que él sigue hasta el momento investigando. El juez prohíbe a Sócrates seguir en su actividad investigativa. Sin embargo, Sócrates prefiere la muerte a obedecer dicha ley que prohíbe la actividad investigadora pues en el

infierno podrá seguir investigando quién es sabio y quién no. Aquí tenemos una zetesis interminable, guiada no por lo que cree el investigador (como lo hace el escéptico) sino que es guiada por lo que creen los sabios. Por consiguiente, el ejercicio investigativo es refutatorio y culmina confirmando la ignorancia (inaprensibilidad) de la persona a quien se investiga. En ese sentido, la investigación zetética es de carácter destructivo y no constructivo y la cita de Diógenes Laercio al inicio del texto adquiere relevancia: “Los escépticos no hablan positivamente sino destructivamente como cuando al refutar un argumento alguien dice ‘Escila no existe más que la Quimera’”(DL IX, 75).

Anexo II: Zetesis y falacias

Como se ha argumentado anteriormente, el escéptico no refuta las opiniones de los dogmáticos. Lo único que hace, simplemente, es llevar a competición diferentes opiniones y de ese modo pretende demostrar que, sobre la cuestión “x” es imposible elegir una u otra. El dogmático, es aquel que cree tener la razón y decide responder con su propia carga de la prueba. Al intentar hacerlo, el escéptico nota que el dogmático empieza a incurrir en falacias argumentativas que el escéptico ha tipificado (trilema de Agripa: regresión al infinito, hipótesis, *dialele* o circularidad lógica). Como expresa De Olaso: “los escépticos describen las falacias como movidas ilícitas en el proceso de la investigación” (1986, p.30). Para Sexto, el modo del círculo vicioso se construye “cuando aquello que debe ser confirmatorio de lo que se investiga necesita a su vez de la garantía de lo que se investiga” (1986, p. 31). La petición de principio, llamada por Sexto “*to zetoumenin sumarpazei*” lo cual significa “arrebatar”, “robar” o “arrancar por la fuerza”. Funciona *grosso modo* de la siguiente manera:

Se investiga, contra los estoicos, si la razón pudiese aprehender los incorpóreos. Asunto investigado: los incorpóreos. Medio que se propone para investigar: la razón. Pero, advierte Sexto, la razón está parcialmente compuesta de incorpóreos. Al proponer la

razón se ha “arrancado por la fuerza aquello que se investiga” (*PH III*, 52-3).

En general la falacia básica consiste en pretender establecer lo que se investiga mediante lo que se investiga, movida ilegítima que reviste diferentes formas. En *todos* los casos la investigación fracasa. (De Olaso, 1986, p. 31)³.

Veamos cómo es la estructura lógica de los tropos en los cuales puede caer el dogmático. El tropo “por hipótesis” lo sacaré de Barnes (1960) y los tropos de regresión al infinito y circularidad lógica los sacaré de Zuluaga (2005).

i.) Hipótesis:

Las hipótesis han sido usadas desde la antigüedad para el desarrollo de una investigación. Barnes cuenta que, hay al menos dos sentidos del uso de las hipótesis: la primera ha sido la tradición platónica, en la cual ha usada la hipótesis en un sentido heurístico (inventivo). Por ejemplo, estamos interesados en la investigación o indagación de la naturaleza de la justicia. Para hallar una respuesta a nuestra investigación, nosotros planteamos una hipótesis o supuesto de trabajo. Inmediatamente se desarrolla una investigación al respecto, la cual permite plantear otras hipótesis. Sin embargo, las hipótesis en Platón son controversiales porque para efectos de la investigación, se puede plantear cualquier hipótesis. La segunda tradición se puede denominar como aristotélica. La investigación científica para Aristóteles, parte de primeros principios indemostrables. En ese sentido, podemos considerar dentro de la tradición aristotélica las hipótesis como axiomas indemostrables. Como expresa Alejandro de Afrodisia:

³ Para ver cómo funciona el trilema de Agripa en detalle, cfr. El artículo de Zuluaga llamado “El problema de Agripa” en *Ideas y Valores* 54, núm. 128, agosto, 2005, pp. 1-28.

Hypotheses are first principles of proofs, because there is no proof of such propositions, i.e. of first principles, but they are posited as evident and known in themselves and what is assumed without proof they call an hypothesis (or even, more generally, a thesis) and say that it is hypothesized. (in APr 13.7-II en Barnes; 1994, p. 91)

En ambas tradiciones, las hipótesis funcionan como dogmas puesto que son injustificados o se parten de ellos como autoevidentes. Sin embargo, Sexto cuestiona y ataca la naturaleza de las hipótesis (y de la filosofía) considerando que o bien una hipótesis debe ser justificada (pero es imposible) o bien no hay ninguna hipótesis plausible y solamente hay afirmaciones dogmáticas. Ahora bien, para Sexto, todas las hipótesis dogmáticas son hostiles. Las hipótesis empiezan a florecer cuando los dogmáticos quieren parar, por ejemplo, la regresión al infinito buscando asumir de manera simple y sin prueba la investigación realizada. Sexto critica las hipótesis de la siguiente manera:

Si es aceptable para un dogmático plantear la hipótesis de que P, es decir, poner P como un primer principio entonces debe ser igualmente aceptable para un escéptico —u otro dogmático— proponer la hipótesis que P1, donde P1 es el ‘opuesto’ de P. Pero si P1 es no menos aceptable que P entonces no podemos aceptar P como primer principio sólo porque el dogmático lo hipotiza. (Véase PH I 173; M VIII 370; M III 8.)

Lo que los dogmáticos plantean como hipótesis es verdadero o falso. Si es verdad, no deben plantear hipótesis (ya que la hipótesis es un “asunto lleno de sospecha”), sino más bien asumirla de inmediato. Si es falso, no les sirve de nada, porque un falso punto de partida no puede fundamentar una ciencia o una rama del conocimiento. (Véase PH I 173; M VIII 371; M III 9-10.)

Si los dogmáticos sostienen que las consecuencias de una hipótesis son aceptables entonces todo conocimiento es absurdo. Por-

que, dado cualquier absurdo podemos encontrar algunas hipótesis de las que se desprende; de ahí que cualquier proposición sea aceptable. Y esto es evidentemente una tontería.

Si para establecer la premisa 2 primero se plantea una hipótesis de premisa 1 para derivar P2 de P1, ¿por qué no establecer P2 directamente, hipotetizándolo, y así ahorrarse el trabajo de buscar argumentos (como P1)? (Véase PH I 174; M VIII 374; M III 13). (Barnes, 1994, p.100-la traducción es mía).

ii.) Regresión *ad infinitum*

El tropo de la regresión se da cuando alguien intenta justificar una creencia que cree que es verdadera. Al hacerlo, desata una cadena infinita de creencias que no llega a último término o cae en una circularidad entre las creencias o en una hipótesis injustificada o en una *dialele*. En esta cadena potencialmente infinita de creencias la creencia C_n justifica la creencia C_{n+1} , y la creencia C_{n+1} justifica la creencia C_{n+2} y así sucesivamente, y en donde la creencia C_n está justificada por la creencia C_{n-1} y la creencia C_{n-1} por la creencia C_{n-2} y así sucesivamente (Reconstrucción de Moser). Ahora bien, la reconstrucción de Black me parece pertinente en tanto que permite apreciar *solamente* el regreso al infinito. La estructura de la regresión al infinito, según Black es la siguiente:

- | | | |
|-----|--|-----------|
| (1) | $(\forall x_1) [\forall x_1 \rightarrow (\exists x_2) (\forall x_2 \wedge x_1 R x_2)]$ | (Premisa) |
| (2) | $(\exists x_1) \forall x_1$ | (Premisa) |
| (3) | R es irreflexiva | (Premisa) |
| (4) | R es transitiva | (Premisa) |
| (5) | $(\exists s) [\text{Inf}(R\forall(s)) \wedge (\forall_i)(i \in D(s) \rightarrow A s_i \wedge A s_{i+1} \wedge s_i R s_{i+1})]$ | (Lema) |
| (6) | $\neg (5)$ | (Premisa) |
| (7) | $(5) \wedge \neg (5)$ | (Premisa) |
| (8) | $\neg (1) / \neg (2) / \neg (3) / \neg (4) / \neg (6) /$ | (Premisa) |

(Gráfica 1)

La explicación de la estructura empleada por Black mediante lógica de predicados es explicada por Zuluaga (2005):

- (1) dice que para todo $x1$ que tiene la propiedad A , hay un $x2$ que tiene la propiedad A y $x1$ está en la relación R con $x2$.
- (2) señala que hay un $x1$ que tiene la propiedad A . Lo que
- (3) y (4) afirman es que la relación R que se da entre $x1$ y $x2$ es irreflexiva y transitiva, por lo tanto es una relación de orden estricto. (5) nos dice hay una secuencia de rango infinito, cada uno de cuyos elementos tiene la propiedad A y están en la relación R con su antecesor. (De 1-4 por un procedimiento específico (cf. Black 1988: 421; 1985)). (6) señala que tal secuencia de rango infinito no debe presentarse. (7) presenta la contradicción entre (5) y (6). Lo que (8) señala es que frente a la contradicción debemos rechazar alguna de las premisas. (...) Si ejemplificamos este argumento para el caso de la justificación epistémica, el argumento se puede presentar de la siguiente manera: consideremos la propiedad A como la propiedad “estar justificado”. (1) dice es que para toda creencia $x1$ que esté justificada, hay una creencia $x2$ tal que $x2$ está justificada y $x1$ está justificada por $x2$ (o $x1$ está basada en $x2$ o $x1$ se puede inferir de $x2$ o $x2$ es una razón para $x1$). (2) señala que hay por lo menos una creencia que está justificada. (3) dice que si $x1$ se justifica por $x2$, no se puede dar el caso de que $x2$ se justifique por $x1$. Lo que (4) afirma es que si $x2$ justifica $x1$ y $x3$ justifica a $x2$ entonces $x3$ justifica a $x1$. (5) nos dice que se presenta un regreso al infinito en la justificación inferencial. (6) señala que una justificación inferencia que conduce a una regresión al infinito, no debe aceptarse, de ahí la contradicción que se presenta en (7). (pp. 10-11).

iii.) Petición de principio

Siguiendo a la enciclopedia de Stanford, la petición de principio (en la justificación de la creencia) se da cuando la proposición que se está



tratando de establecer es asumida inconscientemente, es decir, la premisa y la conclusión son la misma proposición. Descartes ilustró este tipo de falacia con el ejemplo de que nuestra creencia en la Biblia es justificada porque es la Palabra de Dios, y nuestra creencia en la existencia de Dios es justificada porque está escrita en la Biblia. Un ejemplo básico que ejemplifica Zuluaga sobre la petición de principio es el siguiente:

Agripa: Papi, Papi, ¿es París una ciudad grande?

Tobías: seguro, *París es una ciudad grande*.

A: ¿Por qué?

T: Porque París tiene muchos habitantes.

A: ¿Por qué?

T: Porque en París hay muchas posibilidades de trabajo.

A: ¿Por qué?

T: Porque París es una ciudad muy hermosa, con muchas casas y restaurantes.

A: ¿Por qué?

T: *Porque París es una ciudad grande*. (Zuluaga, 2005, p. 21)

A modo de conclusión

Podemos ver como para el escéptico, cualquier justificación del conocimiento es imposible porque cae irremediabilmente en cualquiera de estos tropos. En aras de evitar caer en el dogmatismo, el escéptico antiguo usa como herramienta la suspensión del juicio en su investigación. De esta manera, se mantiene inmune frente a la equipolencia de opiniones buscando conservar la tranquilidad del alma y así poder seguir investigando siendo una práctica no contradictoria entre su investigación y sus creencias (doctrina).

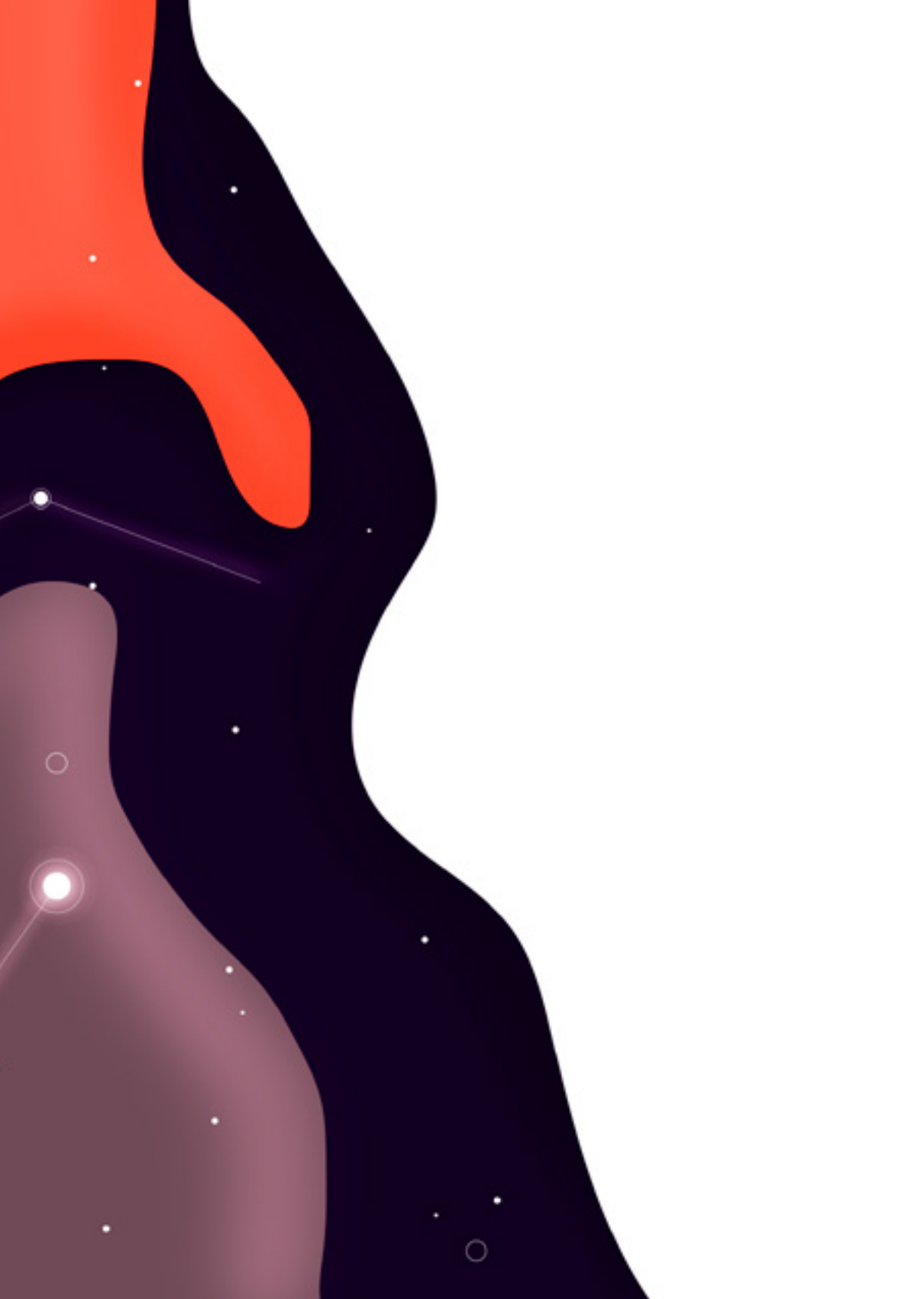


Referencias

- Barnes, J. (1994). *The Toils of skepticism* (2ed). New York, USA: University of Cambridge Press
- De Olaso, E. (1986). *Zetesis* (1ed). Buenos Aires, Argentina: Centro de Investigaciones Filosóficas
- Laercio, D. (1887) *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, Madrid, España.
- Sexto, E. (1993). *Esbozos Pirrónicos*. Madrid, España: editorial Gredos.
- Zuluaga, M. (2005). El problema de Agripa. *Revista Ideas y Valores* 54, núm. 128. Bogotá, Colombia.



Artículos
de opinión



LETRAS FEMENINAS:
SOBRE LITERATURA
ESCRITA POR MUJERES.
HELENA ARAÚJO

Jhon González



Jhon González

jonsneyder@gmail.com

**LETRAS FEMENINAS:
SOBRE LITERATURA ESCRITA
POR MUJERES.
HELENA ARAÚJO**

Jhon González

«Ya es hora de que las mujeres salgamos de
tanta culpabilidad.
¿Si no para cuándo lo
vamos a dejar?»

Helena Araújo,
Las cuitas de Carlota

En el itinerario de la literatura colombiana se encuentran incrustadas diferentes escritoras cuyas obras desvelan escenarios sensatos que se entretienen naturalmente a través de realidades chocantes y destinos de ensueño; sin embargo, tal contemplación femenina ha pasado por los avatares del tiempo sin la suficiente evocación, pues no fue sino hasta hace pocos lustros que se empezó a reconocer la entereza de este bagaje retórico estimable por su constitución literaria. Si bien el acercamiento en muchos casos sucede por curiosidad y se establecen condiciones de diferencia, por eso de la “perspectiva de mujer”, es insoslayable la relevancia de la literatura hecha por mujeres en tanto obra literaria sin obligatoriedad previa de distinciones de sexo o género.

Entre la mencionada literatura se pueden encontrar narrativas significativas para discernir la idiosincrasia colombiana en su periodo de configuración como joven nación, al igual que destacables aportes al



periodismo por medio de redacciones amenas y sensacional fluidez, asimismo, desde la participación diplomática, narraciones del disparate que resulta ser un país como Colombia. Tales son las voces como la de Sofía Ospina de Navarro, quien en medio de una familia notablemente inclinada al ejercicio político decide adentrarse en las crónicas y cuentos que relatan el carácter de su contexto generacional; o también Amira de la Rosa, como dramaturga y poetisa de la domesticidad que plasmó sus letras en el himno de Barranquilla; aparece Blanca Isaza, María Helena Uribe de Estrada, Laura Victoria Valencia, Meira Delmar, Maruja Viera, Dora Castellanos, Elisa Mujica, Flor Romero, Albalucía Ángel, Carmiña Navia Velasco y otras tantas que han hilado una encomiable historia literaria para el país⁴.

Las letras de mujer suelen considerarse como el discurso de la alteridad, el otro espacio, literatura delicadamente autobiográfica y demás adjetivos que resaltan el empeño de agudas composiciones para hacer oír voces marginadas del quehacer literario y, más importante aún, del funcionamiento social, ya que han sido relegadas a lo lateral, porque hasta el hecho de dar vida y formar seres humanos pareciera ser una labor de categorías auxiliares. Ahora bien, toda esta perspectiva que rescata la alteridad tiene estimaciones ensalzables, pero también es pertinente dimensionar estos escritos más allá del género o sexo de las autoras, predominando cabalmente que son, ante todo, piezas literarias.

Entre tantas tendencias para realzar la participación de la mujer y su importancia en la sociedad se empezaron a promover acciones que distinguieran su presencia, fue así como una ola de lenguaje inclusivo acabó por convertir la escritura en residuos de vindicaciones, facultando la trasgresión sintáctica y embadurnando de redundancias la comunicación, llegando a producir textos pleonásticos intratables para su lectura. De cualquier modo, no se trata, pues, de vocear posturas puristas del lenguaje, sino de eviden-

⁴ Para un panorama detallado revisar la recopilación de ensayos sobre literatura escrita por mujeres *Literatura y diferencia: escritoras colombianas del siglo XX*, 1995.

ciar que muchas veces se recurren a circunloquios tales como el maltrato al idioma para avalar inclusiones delimitadas al papel desconociendo que la lengua no discrimina, por el contrario, tener una gramática con un género marcado y otro no marcado proporciona recursos para estilizar los trazos de una escritura que urda identidad.

Y es precisamente sobre la identidad, pero de género, que manan las discusiones acerca de la composición literaria. Por una parte, se encuentra el feminismo como ideología que busca la igualdad entre hombres y mujeres, esto se exhibe en sinfín de textos; por otra parte, está la feminidad que también se expone en las letras, este último caso versa sobre la experiencia de la mujer en el mundo con todos sus matices biológicos y contextuales. Las controversias al respecto son constantes además de innumerables y es posible que no se llegue a un consenso puesto que las diferentes perspectivas están supeditadas a las contingencias de sus ponentes; no obstante, es oportuno, habiendo determinado que una obra es estimable en tanto es pieza literaria antes que una ponderación de género, escudriñar la trascendencia que tiene tal predicamento de la literatura hecha por mujeres.

Una literatura que ame la feminidad y favorezca al feminismo se encuentra en la pluma de Helena Araújo⁵, narrativa que ella ha señalado de autoficción. Bien podría adjetivarse su obra como una serie de relatos autobiográficos o autorretratos ya que una escritura en la cual las memorias son suficientemente influyentes en la estructura literaria hace que el lector, conocedor de la biografía de la escritora, se extravíe en una mística que no

⁵ Escritora y crítica literaria. Bogotá, 1934 — Lausana, 2015. Su infancia y adolescencia estuvo entre la vida burguesa de la sociedad capitalina y la agitada agenda diplomática por cuenta del trabajo de su padre; su formación académica fundamentada en la literatura y la filosofía; su vida conyugal, atravesada por una sucesión de acontecimientos que marcaron la ruptura de los paradigmas establecidos para la vida familiar. Para profundizar sobre la relación entre la biografía de la autora y su escritura revisar la tesis doctoral de María Clemencia Sánchez, (2012). *Helena Araújo, el devenir afuera: de la colonia al exilio, de la confesión a la autoficción*.

distingue la ficción de lo anecdótico. Son letras escritas desde el exilio que convocan un acto de *insilio*; es decir, irse hacia adentro de sí mismo, una narración que explora la mentalidad y la espiritualidad de la mujer, le conmueve su interioridad: sus pasiones, sus rencores, sus anhelos, lo que calla y lo que le hacen callar, eso que guarda para sí misma por código como también la marginalidad que la enmudece. A raíz de eso, la emancipación es una disposición preponderante en sus historias, se ocupa de los padecimientos pre y posliberación/independencia/autonomía (porque ninguna sinonimia es desmesurada para caracterizar los tejemanejes que peregrinan las protagonistas de sus relatos); de esa forma se estimula el coraje que se requiere para tomar decisiones y sentar posiciones respecto al lugar de la mujer, de ahí que se pregunte con marcada alegoría «¿hasta cuándo será, seguirá siendo la latinoamericana una réplica de Scherezada?» (Araújo, 1989, p. 41).

Imposible desconocer [...] la irrupción de una nueva semiótica: las mujeres escriben, las mujeres se escriben, a uno y a otro lado del Atlántico. Zona de enfrentamiento entre lo real y lo imaginario, la escritura femenina se convierte en opción ineludible. Miedo, silencio, ansiedad, rondan estados energéticos que anuncian procesos de sublimación. A veces, cuando sobreviene la toma de palabra hay una impresión de estallido, de emanación. Otras, se intenta “una simple asociación libre, una deriva, un engranaje de acontecimientos narrativos”. (Araújo, 1988, p. 157).

Cuando se lee a Helena Araújo, ya sea en sus cuentos, novelas o ensayos sobre literatura y cultura, se halla una riqueza lexicográfica que engrandece la expresividad de los personajes o potencia el academicismo literario. Si bien *Carlota*, *Elisa*, *Emilia* y demás podrían significar la catarsis que la autora inserta en su narrativa, igualmente esgrimen la cartografía social de una menuda élite nacional centralista, aristócrata y religiosa. Se convierten en faros que aluzan al interior de una comunidad hermética para denunciar los suplicios de las mujeres de abolengos, sus concupiscencias, sus delirios; asimismo, desenreda los entresijos que eximían a la alta alcurnia de los sufrimientos de la existencia. Las angustias son para todos.

Emilia callaba. ¿Para qué hablarle más de eso? ¿Para qué repetirle [a Celia Robledo] que Miguel no le permitiría desplazarse? [...] las señoras bien de Bogotá no estudiaban, no trabajaban, no viajaban solas, por Dios, Miguel hablaba pestes de las poquísimas que se atrevían a hacerlo. Cómo no, una señora que saliera de su casa para algo que no fuera el Country Club o la iglesia, iba por muy mal camino. (Araújo, 2009, pp. 72-73).

En sus entrevistas se le escapan expresiones que son recurrentes en sus obras, una razón más que avala el calificativo de autoficción en su narrativa. Como las letras retratistas de Helena Araújo hay muchas más que evocan remembranzas de tiempos y espacios que componen la idiosincrasia colombiana, entre misivas sobre semblanzas peculiares o devaneos impetuosos, se forja una miscelánea de historias que, en resumidas cuentas, hacen que la literatura colombiana escrita por mujeres se complazca en redimir la feminidad en simbiosis con el feminismo.

En suma, la literatura que nace de mujeres es un acto de *insilio*, esta es una destreza que le pertenece al ser humano siempre y cuando se disponga a ello. Este acto de introducirse en sí misma tiene la particularidad de expresar literariamente la manera de asumir la existencia a partir de lo que han vivido las mujeres históricamente: la marginación. Precisamente, relegar su participación ha generado sensaciones y razones que constituyen su visión. Adentrarse en la composición literaria provoca un ejercicio filosófico de constante aprendizaje del vivir y su constitutivo saber morir; el panorama nacional presenta un escenario con todos los elementos para adentrarse en este quehacer. Por otra parte, sería un error acercarse a la literatura escrita por mujeres como un ensalzamiento de conmisericordia, como también lo sería la obra de hombres, por ello, se cuestiona entonces, si esta significación consta de resarcir una injusticia arcaica contra la mitad de la humanidad, es decir, las mujeres, o quizás de percatarse si la literatura mujeril es un advenimiento de modos distintos de representación: una manera de observar, interpretar y caracterizar el mundo diferente a la masculina. El debate queda abierto y las respuestas que se den no son definitivas, pero sí esclarecedoras



de las circunstancias en que se erigen las obras y de la experiencia constitutiva de las escritoras.

Referencias

- Araújo, H. (1988). Escritura femenina. *Boletín cultural y bibliográfico*, 25 (16), 157-160.
- Araújo, H. (1989). *La Scherezada criolla*. Bogotá, Colombia: Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Araújo, H. (2007). *Las cuitas de Carlota*. Medellín, Colombia: Hombre Nuevo.
- Araújo, H. (2009). *Esposa fugada y otros cuentos*. Medellín, Colombia: Hombre Nuevo.
- Jaramillo, M., Osorio, B. y Robledo, Á. (Eds.). (1995). *Literatura y diferencia. Escritoras colombianas del siglo XX*, 1. Medellín, Colombia: Editorial Universidad de Antioquia.
- Sánchez, M. (2012). *Helena Araújo, el devenir afuera: de la Colonia al exilio, de la confesión a la auto-ficción*. (Electronic Thesis or Dissertation). Recuperado de <https://etd.ohiolink.edu/>



Expresiones



ENCUENTRO

Juan Avila
Universidad del Cauca



Juan Avila

Universidad del Cauca
juanavila@unicauca.edu.co

ENCUENTRO

Juan Avila

Universidad del Cauca

Como un comentario ocasional, estando en la cafetería de la empresa, un compañero me decía:

—¿Sabes que lo que somos no lo han legado nuestros antepasados?
—Yo le respondí. —Tal vez, ¿qué te hace pensar eso?

—No estoy muy seguro, pero es algo que creo estar viviendo en carne propia. Por ejemplo, mi abuelo tuvo aspiraciones políticas que de hecho materializó siendo alcalde de su pueblo.

Por su parte, mi padre fue comerciante. A los dos, y eso lo sabes muy bien, creo estarles siguiendo el paso. Por algo soy agente comercial, y un apasionado conocedor del mundo político del país.

—Sí tú lo dices.

Recuerdo que hablamos aménamente. Tomamos el café y nos despedimos el uno del otro con cordialidad para luego retomar actividades.

Desde hace algunos años, en los tiempos libres donde al trabajo y a la rutina me les escapo, me siento tranquilo a contemplar los recuerdos de los días.

De lo que pasa en la oficina no me ocupo demasiado, ya que es la regla que su mundo sea plano y sin mayores sobresaltos; aunque en pocas ocasiones, de los libros de contabilidad he podido pasar a una agradable

conversación junto a un café, en un diálogo desprevenido y espontáneo como el que tuve hace poco.

En esta semana, solo en dos noches visité a mi madre. Y, a mi padre, hace más de tres años que no lo veo y no se de él.

Mi madre, quien siempre me ha recibido litúrgicamente, me bendijo y me ofreció algo de tomar.

—Dios te bendiga hijo, descansa un rato y siéntate, que yo mientras tanto, te preparo una aguadepanela. ¿Cómo estuvo tu día?

—Bien madre, sin ninguna novedad.

Su casa de múltiples habitaciones y de corredores amplios, me hace pensar que se puede sentir sola. Quizás, también un poco abandonada, pues, considero que es una casa demasiado grande para una persona. Con el tiempo, nuestro carácter nos alejó irremediamente. Hoy, resúltame curioso que si bien he heredado lo que soy de ella, algo que en apariencia nos haría afines, nos distancia. Entonces, soy su misma piel al final; solo con la diferencia de nacer en otro tiempo, en otro espacio, donde la familia, donde la propia piel se repele.

Me despedí de ella y llegué a mi casa. La habitación que alquilo al otro extremo de la ciudad.

En el camino a casa, ver de nuevo a la masa de transeúntes del autobús me hizo pensar por un momento en mis hermanos. Me hizo pensar cómo estarán sus vidas. ¿Se sentirán bien?, ¿me pensarán un poco de vez en cuando? La última vez que hablamos me desconcertó su actitud. Con mi hermano mayor parece que no tuviésemos nada de qué hablar, nada que compartir. Cuando le escribí, solo recibí su cortés y cortante frialdad.

—Hola hermano ¿cómo vas?, ¿qué me cuentas? —Solo respondió —Estoy bien trabajando. —De mi parte, solo pronuncié...—Me alegra.



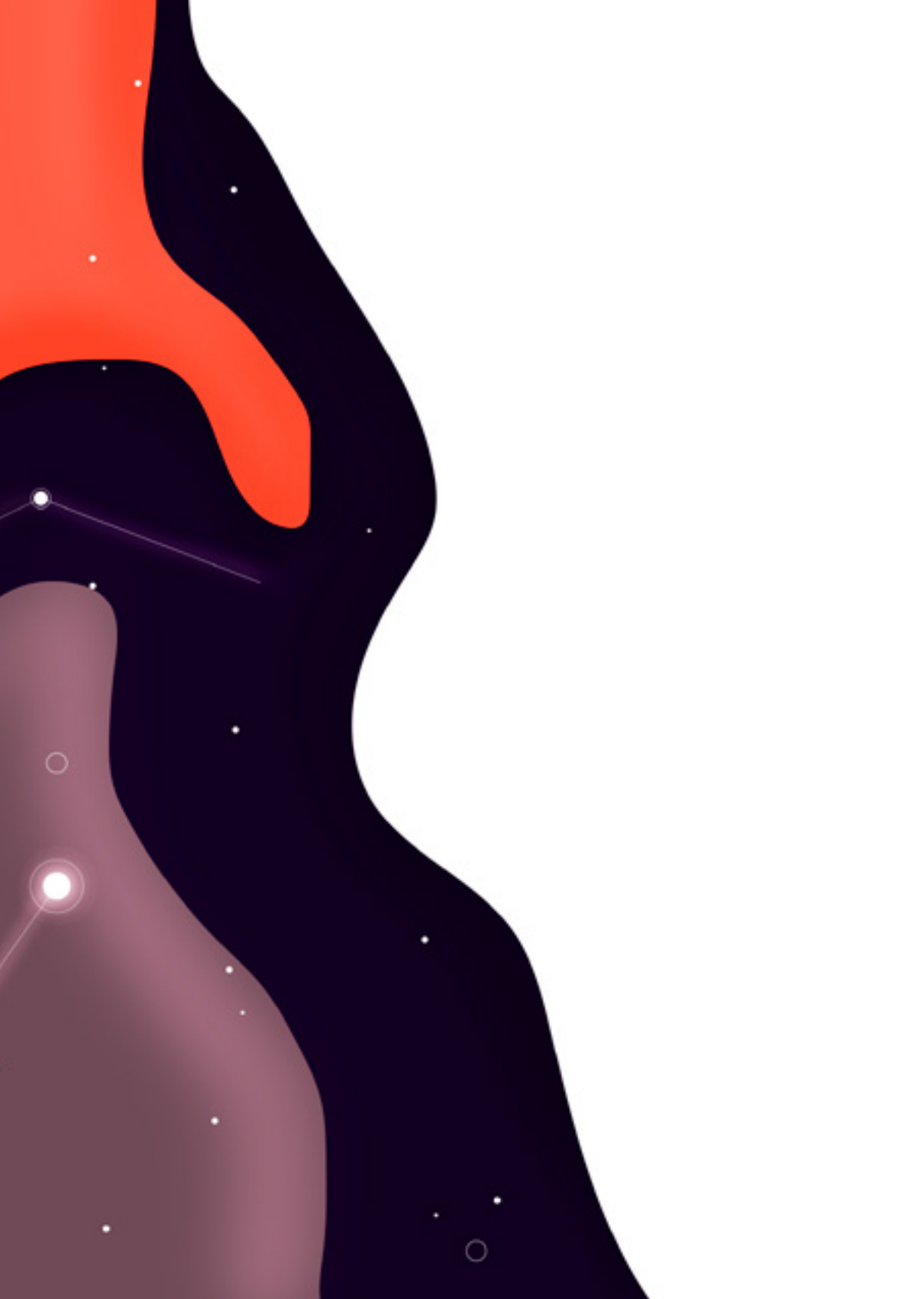
Sé que resulta algo absurdo, más esa fue la conversación entre dos hermanos que solían jugar con alegría. Y ¿qué decir del fallido intento de acercamiento con mi otro hermano? Que fue muy similar. Que solo trabaja en algo distinto y que gana un poco menos. Valiente hermandad. ¡Así estamos de jodidos en este mundo!

Ya en casa, pude dejar reposar el pesado portafolio, preparar la comida; comer con prisa y compulsivamente sin saber por qué. ¡Qué extraño uno se vuelve!

Por un momento, la fantasía me regaló la imagen de toda mi familia reunida en una feliz fotografía. Mi madre, mi padre, mis hermanos, y yo. Al creer, por unos instantes, en un pasado común a todos nosotros; pasado encarnado en antiguas generaciones, no pude comprender por qué heredamos la distancia. Dicho fenómeno, que se asemeja a un desprecio antiguo existente entre los hombres, y que hoy pervive.

Solo pido por nuestro bien, que ojalá me equivoque. Que hayamos heredado más que la distancia.

Es demasiado tarde para continuar despierto. La mente prodigiosa ha sabido reconfortarme de nuevo al envolverme en la fantasía. Creo que ya no tengo nada más en qué pensar, y a nadie más que recordar. Solo me queda reponer energías para otro día más.



EL REGRESO DE LA MARQUESA AL PEÑASCO DE ESMERALDA

Isabel Tamayo
Universidad del Valle



Isabel Tamayo

Universidad del Valle
maria.isabel.tamayo@correounivalle.edu.co

EL REGRESO DE LA MARQUESA AL PEÑASCO DE ESMERALDA

Regresaba en carruaje por los caminos enlodados del reino. Las gotas de lluvia repiqueteaban contra el techo y contra las ventanas. Desde dentro escuché la voz del cochero:

—Mi señora, no podremos seguir avanzando.

En aquellos boscosos parajes, la luz de un rayo me permitió reconocer el horizonte, a lo cual le siguió un trueno estruendoso que hizo temblar a los caballos.

—Un amigo de la familia vive cerca de aquí. Nos hospedará.

«¿Un amigo?» Una conexión profunda nos unía, sin embargo, nuestros compromisos no podrían revelarnos ante los ojos del mundo como amantes [...]

Caminamos hacia nuestro destino ensangrentando nuestros vestidos con la sal de la tierra a causa de la renuencia de las ruedas del vehículo a continuar avanzando por el lodazal. Gracias a la lucha de la luna contra los títeres de la tormenta, nos aprovechamos de su luz para seguir los rosales muertos que conducían hacia el peñasco.

—Es una mansión espléndida.—Dijo el cochero al encontrarnos ante aquella visión arquitectónica. Él no sentía lo mismo que yo. El tímido susurro de los caballos me sugirió que también percibían aquel extraño flujo de energía que engañaba a los sentidos. Tocamos las puertas. Silencio.

—Buscaré otra entrada—Dijo azaroso por la incesante tempestad. Intenté de nuevo y empujé la puerta. El vestíbulo se descubrió. Dudé: —Tantas tardes has disfrutado de este hogar gentil y, ¿ahora le temes? No ha de ser más que una percepción enceguecida por el tinte tenebroso de la noche— Me dije.

¿Fue acaso el escalofrío que me azotaba el cuerpo? O ¿Las visiones monstruosas de la oscuridad? Aquella casa tan hermosa e imponente a la luz del día, tan viva y colorida bajo los rayos del sol, ahora se sentía muerta, enmohecida, pestilente, repulsiva... Mi corazón me instó a caminar por los pasillos, buscándole. Mis pisadas eran cubiertas por el ruido de las gruesas gotas de la lluvia impactando contra el techo. Entonces vi aquello. Fue en el salón principal, al que había acudido a tantos bailes y reuniones antaño, ese lugar de ensueño y paz, ahora era diferente: De los candelabros colgaban sogas con figuras atadas de los talones. Platones recogían gotas que caían de cuando en cuando con una voluptuosidad pasmosa. Corrí. ¿Hacia la salida? No.

Me interné aún más en aquel laberinto que evocaba mi perdición. Subí las escaleras y a cada paso encontraba más habitaciones que compartían la misma repugnancia seductora. El alma tras aquellos actos era víctima de una sensibilidad artística corrompida por el culto hacia la muerte. Me sentí narcotizada. Me dirigí hacia el final del pasillo y abrí las puertas de la habitación del conde. En la lejanía escuché a mis caballos relinchar con desesperación.

—¡Marquesa!— gritó el cochero.

Aparté esa maraña de estímulos y me concentré en la situación que transcurría delante de mis ojos. Allí se encontraba un hombre devorando las entrañas de una figura. Emitía los rugidos de los lobos hambrientos de la montaña.

—¡No puede ser él!— Me dije. Mi incredulidad me condujo a seguir observando con morbo el festín.

Él levantó su rostro y me observó con sus ojos verdes, mis ojos verdes, que brillaron cual esmeraldas malditas al ser iluminados por el reflejo del rayo que penetró en la habitación. De mi mirada se deslizaron pequeñas gotas que cayeron al unísono con las filtraciones del techo. Fuimos solo nosotros en aquel momento y supe al instante que jamás le volvería a ver.

—Marquesa— susurró con una voz que me recordó levemente a él. Me di la vuelta y comencé a correr dejando atrás las altas columnas y los restos abandonados a lo largo del pasillo. Batallaba con la decepción y la desesperación de mi llanto. Mis pasos no eran suficientes. Cuanto más me alejaba de sus aposentos, más cercana sentía su presencia. Llegué a la escalera y fue en el primer peldaño donde sentí su cuerpo impactar contra el mío y caer por el vacío de los pisos en una danza macabra que me destruía el cuerpo. Sin embargo, el dolor no fue tan contundente como el que me arrebataría el alma. Sus labios buscaron mi cuello, aprisionándolo. Succionó mi piel hasta hincarla con sus dientes, succionó con tal pasión, que no tuve duda de que con aquel beso del infierno terminaría por perder al mundo, perderlo a él, y a mí misma ante las manos de un destino cruel.